

relativamente. Lo que pasa es que padece de sordera, y por eso cuando el señor Obispo le preguntó que cuantos dioses había, respondió que diez y seis.

—¿Cómo diez y seis? ¡Qué atrocidad!

—Sí, porque creyó que le preguntaba los años que tenía. Pero apartando este pequeño defecto, el de la sordera, que quizá se pueda curar, conforme á la opinión de muchos médicos que la han visto, es una muchacha angelical.

—Sí, como todas las horrorosas.

—No lo crea usted, amigo D. Luis; la chica es excelente de verdad.

—¿Y cómo no se ha casado aún? ¡Supongo que no habrá sido por falta de pretendientes!

—Le diré á usted. Pretendientes los ha tenido á montones, y algunos muy ricos por cierto; pero el Sequiñoso siempre los ha alejado con el pretexto de que la muchacha es muy joven.

—Picará muy alto.

—¿Quién sabe lo que ese hombre piensa? Es marrullero y ambicioso; quizá quiera emparentar con alguno de estos nobles tronados que han menester de puntales de oro, para que no se venga al suelo la vieja morada señorial. Ahí tiene usted ese, que si no estuviera casado, haría el negocio de D. Epifanio—dijo D. Senén, señalando á un hom-

bre que venía por la carretera, caballero en un soberbio alazán.

—¿Ese mocetón coloradote y con cara de bruto? ¿Quién es?

—Pepe Cellisqueros.

—¿El marido de Conchita Cipérez? ¿El dueño de ese pedazo de gloria?

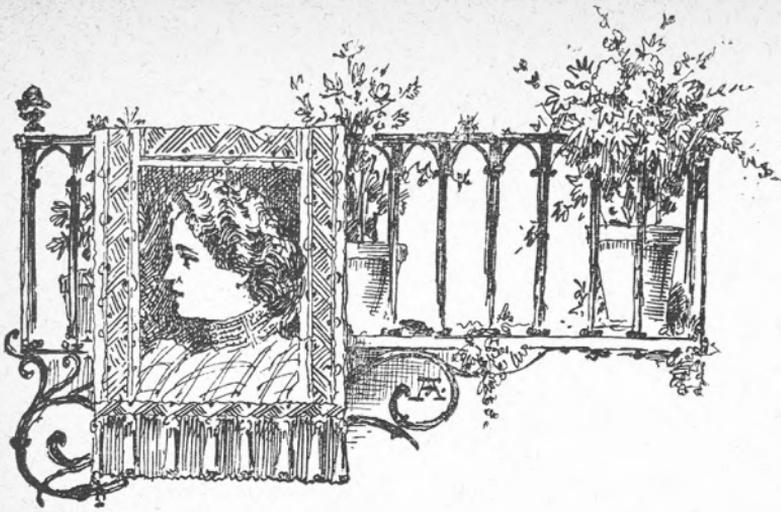
—El mismo. El Tenorio callejero de Umbrosa; el seductor de todas las fregonas guapas, por las cuales abandona á la mujer más bonita, distinguida y lista que he conocido.

—¡Parece imposible! ¿Cómo siendo el único poseedor de semejante tesoro...?

Aquí llegaban de su conversación, cuando fué interrumpida por las señoras de Santiuste, que venían hacia ellos, las cuatro en fila, llamando la atención doña Belén con sus descompasados gestos y ostentoso vestido.

Al pararse á saludarlas los dos paseantes, las miradas de Sitilla y de Rijosita se cruzaron, y ambos sintieron que la sangre se les subía al rostro.

—¡Canastos!—dijo para su capote D. Senén del Márchamo, que notó el súbito rubor de Rijosita y de la joven. — ¿Se entenderán ya éstos?



VII

EL portero anunció al Jefe de vigilancia, y éste entró en el despacho del Gobernador.

Era un hombre de estatura colosal, y tan sumamente delgado, que se le podían contar los huesos y hasta numerarlos, por si acaso su dueño se desvencijaba.

Sobre aquel cuerpo larguirucho veíase una cabeza muy pequeña, adornada con ojillos vivos y penetrantes, nariz picuda, recio bigote cuyas engomadas puntas parecían dos puñales, y cabellos negros echados ha-

cia atrás, para que formasen en el occipucio un aditamento piriforme.

Llamábase Trifon López, pero había perdido su nombre, y nadie le conocía más que por el *Gran Condor de los Andes*, porque así en invierno como en verano usaba un abrigo negro con dos aletas en vez de mangas, que, movidas á compás por los desmesurados brazos de López, le daban un aspecto semejante á aquel pajarraco.

Así que se despojaba de su alado caparazón, que era como un atributo esencial de su categoría, quedaba una especie de silueta de hombre, envuelto en una americana gris ribeteada de astracán y abrochada por medio de cordones, y embutidas las descomunales piernas en ceñidos pantalones de cuadros, que al llegar á la bota formaban numerosos pliegues á manera de fuelle de acordeón.

Hacía bastantes años que vivía en Umbrosa, donde se estableció en cuanto hubo dejado el servicio militar, en el cual llegó al importante grado de sargento. Merced á la protección de un general, de quien fué ordenanza, obtuvo el puesto de Jefe de policía, y todos los gobernadores le dejaron en él, porque, aun cuando algo violento de carácter, era hombre honrado y de corazón para cualquier empresa arriesgada.

Cuadrado ante el Gobernador cual si estuviese en filas, y dando maquinalmente vueltas al hongo que conservaba en la mano, espetó su relación, como de costumbre, y aguardó las órdenes de su Jefe.

—En suma, nada de particular—dijo éste.

—Nada más que lo que he tenido el honor de manifestar á Usía.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el Gobernador continuó escribiendo.

—Después de tanto tiempo como lleva en este pueblo, conocerá usted á todo el mundo, ¿no es cierto?—interrogó Rijosa sin levantar la pluma del papel.

—Sí, señor Gobernador; á todo el mundo conozco y todo el mundo me conoce—respondió el Gran Condor de los Andes.

—Y sabrá usted la vida y milagros de estas gentes.

—Pocas cosas hay que ignore—replicó el Jefe de vigilancia con cierta sonrisa maliciosa, que separó de sus mejillas los dos buidos puñales, pues hay que advertir que cuando alguna idea retozona distendía su labio superior, las puntas de los acerados bigotes huían del rostro y casi le agujereaban las orejas.

—¿Conoció usted al padre de las de Santiuste?—siguió preguntando el Gobernador al par que escribía.

—¿Al marido de doña Belén? ¡Vaya si le conocí!...

—Y á su familia, ¿la ha tratado usted de cerca?

—¿A su familia? Como si fuera la mía propia. Figúrese Usía, señor Gobernador, que el Comandante me adoraba... ¡vamos, una barbaridad! Cuando yo vine á Umbrosa...

—Según me ha dicho D. Senén del Márchamo, doña Belén y sus hijas han pasado muchos apuros—dijo Rijosita cortando los vuelos narrativos del Gran Condor.

—¿Apuros? Más que apuros: miserias y hambres. ¡Vamos, una barbaridad! Hasta caliente, que daba pena. ¡Como que muchos días se han quedado sin un triste pedazo de pan que llevarse á la boca!

—Pero ¿no trabajaban?

—¿Que si trabajaban? Ganas no les faltaban, señor Gobernador, sobre todo á la pequeña, á Sitilla, que desde chicuela ha sido una fiera para el trabajo; pero la costura no da mayormente para nada, y menos aquí que hay *muchismas* agujas y poca tela, porque las señoras de Umbrosa se lo traen todo de Madrid....

—¿Y cómo se componían para vivir—interrumpió nuevamente el Gobernador, huyendo del impulso que iba á tomar El Gran Condor de los Andes.

—¡No vivían!

—¡Cómo que no vivían!

—Quiero decir que vivían muy *malísima-mente*.

—Pues á mí me han contado que en las tiendas de modas hallaron medios para ir tirando.

—Una tan solo les daba ropa blanca, que cortaban y cosían; pero la ganancia era *pequeñísima*.

—¿Y nadie les socorrió en aquella época?

—D. Paco Fuertes, cuando estaba en Umbrosa, porque tenía negocios que le alejaban de aquí por largas temporadas, algo les daba, aunque muy poco; pues él no dispone de grandes recursos.

—Y las demás personas, ¿no se compadecían de esas pobres mujeres?

—Algunas les enviaban sus deshechos mientras Sitilla fué chiquitina, porque en cuanto agrandó se opuso á recibir limosnas de este género. ¡Es un poquito orgullosa esa muchacha, ahí donde Usfa la vé tan modosita y callada! ¡Anda, si ella hubiera querido! ¡Vamos, una barbaridad!

—¿Si hubiera querido qué?

—Digo que si se hubiera dejado ir, ¡adiós miserias, y malos ratos y hambres!

—Según eso, ella no se *dejó ir*, como usted dice.

—¡Qué se había de dejar! ¡Si era más áspera...! Como siempre ha sido tan retrechera y tan *monísima*, los muchachos la perseguían de muerte, y cuando iba á casa de D. Paco ó por agua á la fuente, ó á la tienda, se colgaban á su oreja para decirle chicleos, y alguno pretendía propasarse, pero la chiquilla á este quiero y á este no quiero se los sacudía que era un primor.

—Supongo que ninguno de esos de los chicleos habría puesto coche á la muchacha.

—Ellos no, pero otro sí.

—¿Cómo, había otro además de los callejeros?

—¡Anda! ¡Otro, y de campanillas!

—¿Y quién era él?

—Esta es una historia que sólo sabemos D. Paco, porque creo que se la contó Sitilla, y yo, que á nadie se la he contado jamás, señor Gobernador—contestó el Gran Condor poniéndose muy serio.

—Pero que me va usted á contar, ¿no es verdad?—dijo Rijosita, soltando la pluma y clavando sus ojos en el Jefe de vigilancia.

—Si Usía se empeña, se la contaré, pero rogándole no se la diga á nadie, porque no quisiera ponerme mal con Juanito Pedriscos.

—¡Ah! ¿Se trata del joven marqués de Pedriscos!

—De él no, de su difunto padre, que en paz descansa.

—¿Era aficionado al sexo bello?

—¿Accionado dice Usía? ¡Se despedazaba por las mujeres! ¡Le gustaban una barbaridad! Con sus sesenta y pico, porque tenía más de sesenta años cuando pasó el sucedido de Sitilla, andaba detrás de las muchachas como si fuera un pollo. ¡Qué hombre! Donde veía una cara bonita, allá se iba disparado, con aquel corpachón que tenía fuerte como un roble, aquellos colores, aquella barba blanca y aquella facha tan de señor. ¡Por supuesto toda la vida hizo lo mismo! Y á la vejez ¡como si no! ¡Cuanto más viejo más pellejo!

—Pero ¿qué pasó con Sitilla?

—¿Con Sitilla? ¡Anda! ¡Una barbaridad! Pues que de esa se enamoró como un cadete. Fué su última pasión, pasión *cerril* que padecen los viejos, según D. Paco Fuertes. ¡La chica, eso sí, lo merecía, porque estaba... ¿La ve Usía ahora?, pues, si cabe, más guapa aún.

—¿Y le hizo proposiciones?

—Por medio de una bribona que llamaban la Mechera; una vieja muy ladina que le servía de correveidile en estos líos.

—Y Sitilla, ¿oyó las proposiciones del Marqués?

—¡Anda, buena es Sitilla! Mandó á la Mechera á hacer gárgaras. ¡Y eso que ésta le ofreció montes y morenas! Mismamente cuando las de Santiuste se caían de pura necesidad.

—¿Entonces el Marqués desistiría?

—¡Ca! ¡Desistir él! Todo lo contrario. En vez de desistir, como si las calabazas le hubiesen abierto el apetito, apretó de nuevo y con mayor coraje. ¿Y qué dirá Usía que inventó mi hombre?

—¿Qué inventó?

—¡Una barbaridad!

—Veamos esa barbaridad.

—Pues sabrá el señor Gobernador cómo la Mechera tenía una sobrina que llamaban la Pepa, una chica fresca y rolliza, por la cual estaba yo... vamos, medio derretido. Á fuerza de darle que le das, la Pepa me tomó ley y empezamos á hablarnos. Vivían la Mechera y su sobrina solas en el piso tercero de una casita, no lejos de aquí por cierto, donde dicen que el Marqués llevaba á sus *concúbinas*. A mí no me gustaba que la Pepa presenciase este teje maneje; pero ¿qué hacer? ¡Lo que yo me decía! ¿A qué te vas á indisponer con la Mechera, que es como si fuese el propio señor Marqués?

—¿Y Sitilla iba á aquella casa?

—Verá Usía, señor Gobernador. Supo la

Mechera... ¡era muy mala aquella vieja! ¡una barbaridad de mala!

—¿Qué es lo que supo?— interrogó impaciente Rijosa.

—Pues supo que las de Santiuste debían treinta duros al casero, el cual las iba á poner al momento los trastos en la calle. ¡Treinta durazos! ¡Talmente una barbaridad! ¡El Banco de España para aquella pobre familia!

—¿Y se los ofreció á Sitilla de parte del Marqués?

—¡Ca! ¡No, señor! Hizo otra cosa mucho peor. Fué á casa de las de Santiuste, y le dijo á Sitilla que el casero era muy amigo suyo, que ella le hablaría para calmarle, y que si fué y que si vino; total, que se comprometió á parar el golpe, y encargó á la muchacha que fuese aquella misma noche á su casa, donde le daría contestación de lo que hubiese. La inocente criatura se creyó de buena fe las palabras de la vieja, y con el deseo de ver si ésta había logrado aplacar al casero, se metió en la ratonera.

—¿Dónde la esperaba el Marqués?

—¡Fué un paso horroroso, señor Gobernador! ¡Una barbaridad! Ya verá Usía. La Mechera se marchó, llevándose á la Pepa, á quien envió á casa de unas parientas suyas que viven muy lejos, en el Arrabal, al otro

extremo del pueblo... ¿no ha estado Usía por allí alguna vez?

—Sí, conozco el Arrabal. Continúe usted.

—La Mechera — ¡tenía bien tomadas sus medidas la muy bribona!;—pues digo que la Mechera...—¡Ah! Se me había olvidado decirle á Usía que la llamaban así porque su padre fabricaba mechas para las minas.

—Bueno: ¿qué hizo la Mechera?

—Pues advirtió á Sitilla que si no estaba ella, la Mechera, en su casa, que la esperase, para lo cual dejaría la llave puesta; y la muchacha allí se encajó, abrió la puerta y se puso á esperar á la vieja en el cuarto de ésta, que daba á la calle, y que estaba amueblado con una cama, una mesita de noche, una palangana, dos sillones, muy cómodos por cierto, y tres ó cuatro sillas. ¡Me acuerdo como si lo viera ahora mismo!

—¿Y el Marqués se presentaría de repente?...

—No lo sé á punto fijo, señor Gobernador. Ya verá Usía cómo presencié el suceso. La Pepa tenía cita conmigo en su casa, donde nos veíamos casi todas las noches, porque su tía se iba, le cogíamos las vueltas y nos estábamos charlando en su propio cuarto. Pues, como voy diciendo, la Pepa dió un esquinazo á la Mechera y se volvió á su casa, á punto de que nos tropezamos en la calle.

¡Y qué habíamos de hacer, subir para no helarnos en el portal. ¡Mucho nos extrañó hallar la llave puesta; pero más nos sorprendió oír ruido de conversación dentro de la casa. Yo quise escaparme, pues creí que había vuelto la Mechera; pero—¡vamos! ¡es una barbaridad lo que puede en las mujeres el afán de curiosear!—la Pepa me detuvo y me hizo notar que no era su tía la que hablaba, sino una mujer joven con un hombre.

—¿Eran Sitilla y el Marqués?

—Ellos eran, señor Gobernador. Los vimos, porque nos metimos de puntillas en una alcobita que tenía el cuarto de la vieja, y que comunicaba por una puerta de escape con el pasillo que va á dicho cuarto. Y allí, escondidos detrás del cortinón que tapaba la alcoba, nos enteramos de todo.

—Y ellos ¿no sintieron que alguien les escuchaba?

—¡Qué habían de sentir! Sí; ¡buena estaba la cosa para que sintiesen nada! En el centro de la habitación había una especie de camilla pequeña, y sobre el tapete de hule se veían muchos centenes desparramados. Sitilla estaba de pie, con la mano puesta en la falleba del balcón, pálida que parecía de mármol, y temblorosa con temblor que hacía mover las vidrieras. El Marqués, de ro-

dillas delante de ella, con las manos cruzadas, diciéndole que se dejase querer, que él la colmaría de dinero, que haría lo que ella quisiese, que se la llevaría lejos de Umbrosa... ¡qué sé yo! ¡una barbaridad!

—¿Qué contestaba Sitilla?

—Pues Sitilla le decía que la dejase salir de allí; que la infame de la Mechera la había engañado; que parecía imposible que un señor como él se valiese de aquel ardid para perder á una pobre muchacha, y... muchas cosas más, que me conmovieron hasta saltárseme las lágrimas, porque la chiquilla rompió á llorar como una Magdalena.

—Pero el Marqués no se conmovió, ¿no es verdad?

—El señor Marqués, en cuanto Sitilla apartó la mano de la falleba, se puso de pie, fué hacia la muchacha, y pretendió cogerla por el talle; pero ella se le escurrió de entre las manos con una agilidad pasmosa, poniendo entre el corpachón del Marqués y su persona la mencionada camilla. Comenzó entonces una persecución que me indignaba y me producía náuseas. ¡Vamos, era aquello una barbaridad de indecente! Imaginé hacer ruido, gritar, para que aquel hombre, ciego y medio loco, se asustase; pero yo era muy joven y tenía al Marqués un miedo horrible... Quise salir, venciendo

el terror, y socorrer á la infeliz criatura, y hasta metí mano á la faca que siempre llevaba encima; pero la Pepa tiraba de mí para que nos fuésemos á la calle y no presenciásemos lo que iba á ocurrir. Sitilla, sin gritar, porque sin duda no quería que los vecinos se enterasen, esquivaba como podía las acometidas del Marqués, y al mismo tiempo le llamaba infame, canalla, miserable, hasta que por fin éste volcó la camilla, con la cual rodaron por el suelo los centenes, consiguió sujetar á la niña, y cuando ya la tenía en sus brazos, cuando yo levantaba la cortina, soltándome de la Pepa, y me iba á precipitar sobre el Marqués que estaba de espaldas y no me podía ver, yo no sé por qué milagro Sitilla se desprendió, y rápida como una centella, abrió el balcón, saltó por la baranda y casi en el aire la cogió el Marqués. Me volví rápidamente á la alcoba, decidido á correr á la calle y dar parte á la pareja; pero me contuve al oír las palabras del Marqués.

—¿Qué decía aquel viejo cínico?—preguntó Rijosa al Gran Condor.

—Pues le dijo á Sitilla que se fuese de allí al momento y él mismo le abrió la puerta que había cerrado con cerrojo. La muchacha no se lo hizo repetir y salió escapada.

—¿Y el Marqués?

—El Marqués cerró el balcón, puso en su sitio los desarreglados trastos, recogió los centenes, y al poco rato se fué también; y nos quedamos solos la Pepa y yo, dando gracias á Dios por haber escapado con bien de la aventura.

—¿La conoce alguien más que usted?

—Ya dije á Usía que, en mi humilde opinión, Sitilla se la contó á D. Paco Fuertes, que fué sin duda el que evitó que las de Santiuste se quedaran en la calle, dándoles los treinta duros que debían.

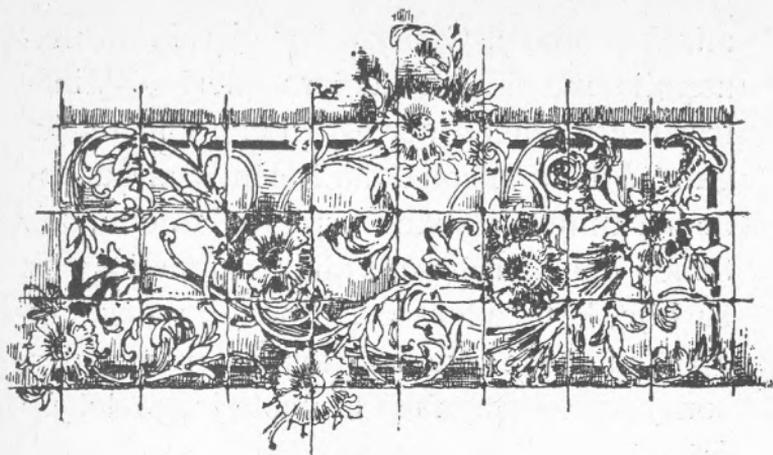
—Y el Marqués ¿volvió á la carga?

—¡Ca, Sr. Gobernador! ¡ Si tomó á Sitilla tal odio, que huía de ella como del diablo! Bien es verdad que desde aquella noche el Marqués dió un bajón tremendo. De grueso que era se puso tan flaco, que parecía un alambre mayormente, y al año justo murió de un mal muy raro. ¡Fué aquello una barbaridad!

—¿De que murió?

—Murió de un *restablecimiento* de la medula de los huesos del espinazo.

—¡Hombre!—dijo el Gobernador riéndose.—Sí que es muy rara esa enfermedad. Eso fué, sin duda, á consecuencia de la pasión *cerril* que padecen los viejos, según Paco Fuertes.



VIII

EL calor apretaba á más no poder, y para tomar el poco fresco que un aire remolón y calmoso repartía á soplos irregulares por las calles de Umbrosa, habían las de Santiuste abierto los dos balcones del salón donde se daban los grandes saraos. En uno de aquéllos hallábanse Sitilla y Rijosita recostados en el antepecho, hablando muy quedo y causando la desesperación de Celso, el pretendiente de Sitilla, el cual, en un rincón de la sala, sentado en una banqueta y mordiéndose los puños de rabia,

miraba cómo el Gobernador ejercía un monopolio que para él hubiera querido. Mientras tanto, Paco Fuertes, en el gabinete, jugaba al dominó con doña Belén, y alrededor de la camilla estaban Carpita y Pancha, don Senén del Márchamo, doña Angustias con su hija, la tocadora del címbalo, y dos amigos de la casa que con los anteriores personajes se entregaban al noble juego del *ju-lepe*.

—¿Por qué no me quiere usted responder categóricamente?—preguntaba á Sitilla Rijosita, muy cerca de ella, poniendo sus ojos en los de la muchacha y en su voz las notas más suaves y melosas de que él tan magistralmente usaba en las ocasiones solemnes.

—Porque la respuesta es muy difícil—contestó Sitilla dando un suspiro tan tenue, que hubiera podido competir con el perezoso vientecillo.

—¡Es difícil decir sí ó no! ¿No pido la respuesta con la mayor humildad? Mi pregunta y mi deseo, ¿son tan extraordinarios?—insistió Rijosa.

—No son extraordinarios—dijo entonces Sitilla levantando sus ojos negrísimos y sonriendo dulcemente, con lo cual dejó ver junto á su boca dos preciosos hoyuelos que turbaban la tranquilidad del Gobernador.

—Pues ¿por qué me hace usted pasar an-

gustia mortal, esperando una palabra que nunca llega?

—¡Qué impaciente es usted! ¡Quiere que en un momento decida cosa tan grave, y no hace quince días que me ha formulado su pretensión!

—Mire usted, Rosita, ó mejor, Sitilla, si me permite usted usar este nombre familiar. Yo soy así, todo vehemencia y todo voluntad. Mi corazón no sabe apasionarse á medias ni á plazo fijo. Entra en él un deseo, en él se arraiga con fuertes raíces, y ya no aguarda, ya no espera; tiene necesidad de realizar inmediatamente sus esperanzas, ó estalla. Usted, Sitilla, se ha entrado en él como por derecho propio, como quien toma súbita posesión de lo que le pertenece; todo lo ha ocupado, sin dejar sitio, por pequeño que sea, para nada ni para nadie. Sus ojos de usted no me dejan vivir: los veo en todas partes. Su voz dulcísima hace vibrar mi ser de tal manera, que al oirla mi alma queda como extasiada; ¿qué mucho que quiera saber si esta pasión, que así me ha cogido por entero, la acepta usted con benevolencia ó la rechaza con desvío?

—¡Todos lo mismo!—murmuró Sitilla.

—Todos, no. Mi apasionamiento no es vulgar; mis palabras no están inspiradas por el capricho que, una vez satisfecho, pasa. Es-

toy seguro, Sitilla, de que estas mismas amorosas frases las habrá usted oído mil veces, porque es usted de las pocas mujeres destinadas por Dios para subyugar á los que una sola vez la miren...

—No mezcle usted á Dios en estas cosas...

—¿Por qué no, si puedo ponerle por testigo de mis propósitos? ¿Qué ley divina ó humana se puede oponer á que yo me haya enamorado locamente de usted y se lo diga?

—Nada se opone á que usted me diga cuanto quiera; pero lo que pretende no puede ser—contestó la muchacha poniéndose seria y haciendo como un esfuerzo para dominarse.

—¿Que no puede ser?—interrumpió Rijosita—¿Quién es capaz de impedirlo? Usted y yo somos libres como el aire. Yo á nadie debo cuenta de mis acciones. La adoro á usted como se adora al ideal; la miro como se mira el término feliz del más venturoso sueño. ¿Quién puede poner obstáculos á nuestros amores?

—Nadie y todo. Nadie, porque, como acaba usted de decir, somos libres; todo, porque ni el ideal de usted puedo ser yo, ni las condiciones más son para satisfacerle.

—¡Que usted, Sitilla, no puede ser mi ideal! ¡Una mujer como usted! ¡La forma más acabada de la más perfecta hermosura!

¡El alma tan bella como el cuerpo que la contiene!

—¡Qué sabe usted de mi alma si apenas me conoce!—repuso la joven, volviendo á tomar el tono ligeramente chancero con que empezó la conversación.

—¿Que no conozco su alma? ¿Por ventura cree usted que para conocerla he menester de otra cosa que contemplar esa mirada serena y tranquila, que refleja clarísimamente la pureza de su corazón? ¡Para no leer en su fondo debiera usted haber cerrado los ojos, y para no enamorarme debiera usted haber evitado que nuestras miradas se cruzasen!

—¿Es un reproche á mi coquetería? ¿Seré acaso coqueta sin saberlo?

—No, Sitilla; yo no digo que sea usted coqueta; pero...

—¡Vamos! No lo dice usted, aunque lo piensa—interrumpió la muchacha.

—Pero... dígame usted, Sitilla, con franqueza, con lealtad, sin miedo á que halague usted mi vanidad, pues yo le juro que no soy vanidoso, ¿no es cierto que al responder sus ojos á los míos ha habido así como algo de atracción mutua, algo de unión de pensamiento, algo de promesa?

—¿Quiere usted que le hable con franqueza y lealtad?... Pues voy á hacerlo, que no

me tengo por coqueta ni hipócrita... Sí, es cierto. Al notar que usted me miraba con cariño y buscaba la manera de ponerse siempre á mi lado, y solicitaba mis palabras con preferencia á las de las demás muchachas que vienen á esta casa, y en el paseo, como en el teatro, trataba de que se hallasen nuestras miradas, sentí un dulce calor en mi corazón y grandemente halagada mi vanidad... ¿por qué no decirlo? Desde entonces no he podido resistir al deseo de mirarle, y á veces la sangre se me ha subido á la cara, como si estuviese cometiendo una mala acción. ¿Era curiosidad de ver si me hacía usted el amor? ¿Era un principio de simpatía que yo misma no podía remediar? No lo sé. Se lo declaro á usted con toda ingenuidad. Lo que sé es que, aun cuando mi alma toda quisiera irse con usted y yo no tuviese fuerzas para impedirlo, sería una locura que esta inclinación mía, caso de existir, y este amor suyo, que me pinta tan apasionado, crecieran de tal suerte que luego ni usted ni yo pudiéramos detenernos. Por eso le ruego á usted que terminemos; que no demos que hablar á las gentes de este pueblo, chismosas y maldicientes, y que no pase de una amistad afectuosa lo que no puede llegar á ser cariño formal... Y se lo pido á usted por lo que más quiera en este mundo...

—¡Lo que yo más quiero en este mundo es usted, Sitilla adorada; usted que es mi luz, mi vida, mi cielo! ¡Usted que me acaba de hacer el más feliz de los hombres, con esa confesión tan sincera y noble!—dijo Rijosita cogiendo á Sitilla una mano.

—No, por Dios, Rijosa—repuso la joven interrumpiendo al fogoso Gobernador, y retirando suavemente la mano.—Yo no confieso más que simpatía, inclinación...

—¿Y por qué no amor, Sitilla? Dígalo usted de una vez, que ello es natural y santo y puro...

—Porque aun cuando llegase un día que no pudiese vivir sin su cariño, trataría de vencerle, pues conozco la distancia que nos separa, y creo que tales amores causarían nuestra desgracia, ó, mejor dicho, mi desgracia.

—No, no, y mil veces no, Sitilla de mi alma. Aquí, solemnemente, en presencia de Dios que nos oye, mis manos puestas en las de usted (y haciéndolo como lo decía, estrechó entre las suyas las pequeñísimas de la muchacha), mis ojos en los suyos, yo le juro que...

Esta es la segunda vez que el fiel cronista de estos históricos sucesos, no puede ofrecer á sus lectores el final de las importantes frases de uno de los personajes que en dichos sucesos figuran; pero no es culpa suya si

agentes extraños á su buen deseo lo impiden. Y el agente extraño fué en esta ocasión doña Belén, á quien sin duda pareciendo que se prolongaba demasiado la conversación habida entre Sitilla y el Gobernador, ó juzgando, quizá, peligroso para la honestidad y buen nombre de la familia—dado que aquella señora era pulquérrima en esto de guardar las formas y no dar pasto á las malas lenguas—el prolongado apartamiento de su hija con Rijosa, sin otros testigos de su plática que las relucientes y discretísimas estrellas, llamó á Sitilla por modo apremiante y que no admitía espera.

Pretende Celso que, como antes se ha dicho, presenciaba la conversación de los dos jóvenes desde lejos acurrucado en un rincón de la sala y dándose á todos los diablos, que al salir Sitilla de la sombra en que estaba envuelto el balcón y decir: “¡Voy, mamá!”, vió el rostro de Rijosa inclinarse más de lo que la natural circunspección exige sobre los negros cabellos de la niña, y aun afirma que oyó el leve chasquido de un beso; pero semejante afirmación no se ha comprobado, y bien pudo ser error de Celso é quien, como á todos los amantes desdeñados, se le hacían los dedos huéspedes y veía visiones, como sirviesen para acrecentar sus celosos an-tojos.

En esto entró el Gran Cóndor de los Andes, con objeto de entregar al señor Gobernador telegramas urgentes que se acababan de recibir, con lo cual se despidió Rijosita de la reunión y se fué, llevando consigo el sabor de uno de esos momentos deliciosos que quedan como incrustados en la memoria del que los goza, y que luego, al través del tiempo, son puntos luminosos de dicha y de ventura concedidos por Dios á los hombres con tanta parquedad, como abundantemente prodiga los infortunios y las miserias.

—Sitilla, ¿quieres concederme cinco minutos de audiencia?—preguntó Celso á la muchacha, no bien se hubo cerrado la puerta de la calle, y cuando oyó resonar en la acera los pasos de Rijosa, que se encaminaba al Gobierno civil seguido de su fiel escudero.

—Si no son más que cinco, vaya por la audiencia —contestó la joven con visible contrariedad.

—Pues ven al balcón.

—¿Y por qué no hablar aquí, en la sala?

—Bueno, donde quieras, con tal de que pueda decirte lo que tengo en el pecho y me va á hacer reventar si no lo suelto.

—Pues suéltalo, hijo, que no quiero ser causa de tu estallido—repuso Sitilla, sen-

tándose en el famoso sofá que ya conocemos, mientras Celso arrimaba uno de los no menos famosos sillones.

—Mira, Sitilla— continuó Celso — tú me vas á matar.

—¡Yo matarte! ¡Pues no te da poco fuerte!

—Sí, me vas á matar, porque te quiero con frenesí, porque me había hecho la ilusión de casarme contigo, y porque si no me quieres me moriré de pena y de dolor.

Y al llegar aquí, el pobre mozo se puso á llorar á moco y baba que daba compasión verle y oírle.

—Pero, Celso, ¿estás loco? ¿Cuándo te he dado esperanzas? ¿Cuándo he escuchado con seriedad tus tonterías?

—¡Tonterías llamas á mi cariño, á mi entusiasmo por ti, Sitilla! ¡Eres una ingrata! ¡Desde que empecé á ser hombre te quise! ¡Yo creo que mucho antes!... Y cuando vuelvo á Umbrosa dispuesto á convencer á mi padre para que venga á pedirte á doña Belén, me encuentro con que Sitilla, la que yo juzgaba que había de ser la eterna compañera de mi vida, se encalabrina con el señor de Rijosa—¡que Dios confunda!—y se enamorisca y me hace pasar la pena negra...

—Eso no es verdad, Celso—interrumpió la joven con viveza.—Ni yo me encalabrino, como tú dices, con el señor de Rijosa, ni es-

toy enamoriscada, ni tú tienes derecho á pedirme cuenta de mis actos: y en cuanto á hacerte sufrir, ¿eres, acaso, mi novio? ¿Te he dado jamás pie para que creas que, ni por asomo, he hecho caso de tus pretensiones?

—Pero no las rechazabas.

—¡Que no las rechazaba! ¡Esto sí que tiene gracia! ¿Luego porque no te llamé majadero cuando aguantaba tus suspiros y tus indirectas, y no te puse en la calle, creiste que aceptaba tu silencioso amor? ¡Dios mío! Mucho agradezco tus intenciones de casarte conmigo, de las que ahora me entero, y me halaga el cariño que has puesto en mí; pero, ya que se presenta la ocasión, te diré que tus asiduidades me contrarían sobremanera.

—¿Tanto te molesto, Sitilla? —preguntó el mozo, sorbiéndose las lágrimas.

—Eres mi amigo de la infancia, y como tal te estimo; pero en lo tocante á tener amores tú y yo... convéncete de que es imposible.

—¿Por qué?

—Porque no te quiero.

—¡Claro! ¡Por culpa de ese maldito Gobernador que te ha sorbido el seso!

—No por culpa de ese Gobernador, que hace tanto caso de tus maldiciones como yo del aire que corre, sino por culpa de mi corazón, que no es ni será tuyo jamás.

—¿De manera que me desahucias para siempre?

—Para siempre—contestó Sitilla levantándose del sofá con ademán resuelto y decidido.

—Mira, Sitilla, que ese hombre te engañará.

—Pues que me engañe.

—Mira que algún día te acordarás de mí—dijo entonces Celso, ya secas las lágrimas y con una entonación tal, que no se sabía si sus palabras sonaban á profecía ó á amenaza.

—¡Yo de ti!—repuso la joven, y mirándole de alto á abajo y haciendo una pausa como si buscase en su cabecita alguna frase que castigase la que Celso acababa de pronunciar, continuó:—¡No sabes qué clase de mujer soy yo! No tengo relaciones con Rijososa; pero si las tuviese alguna vez y me abandonase y pisoteara mi corazón, antes que ser tuya y ceder á tus imposiciones... me mataría... Te lo juro por ésta—y haciendo la señal de la cruz con sus lindos y delicados dedos, la besó tres veces y se entró en el gabinete.

Con lo cual no pudo oír que el muchacho murmuraba:

—¡Tú me las pagarás! ¡Tú me las pagarás!



IX

PERO Señor! ¡Qué afán y qué pesadez la de este hombre!—pensaba Sitilla mientras arreglaba su limpio cuartito, doblaba la colcha de punto que cubría su modesto lecho adornado con largas cortinas de muselina blanca, y desceñía poco á poco de su linda persona sus vestidos.

Quizá—se decía—he estado con él sobradamente dura. Al fin y al cabo le conozco desde que tengo uso de razón; siempre me ha manifestado cariño verdadero y constante... ¡Ah! ¡Lo que es á constante no le gana nadie!... Sí, no he hecho bien al tratarle con tanto despego y sequedad. Hubiera debido

emplear frases más suaves, ya que le quitaba toda esperanza... ¡Pobre Celso! ¡Ello es que lloraba como un niño y que ahora siento remordimientos por haber sido con él tan violenta. Y al pensar en esto se humedecieron los ojos de Sitilla.

¿Y quién le manda escoger tan mala ocasión para decirme amores?—continuó diciéndose la muchacha.—He sido, sin embargo, muy cruel con ese infeliz... Cuando le vuelva á ver le diré que me perdone... El caso es que si le pido perdón, va á figurarse que aliento sus deseos. ¡Son los hombres tan presuntuosos!... Y en cuanto á que se imagine que yo le puedo querer, ¡ah!, ¡eso si que no!... ¿Y por qué no le quieres, Sitilla? ¡Vamos, respóndete con verdad, porque no es cosa de que á ti misma te engañes!... Celso no es mal chico, ni feo, ni repugnante, aunque no se puede presentar como modelo de distinción y de elegancia; algo *manguilacio* y desgarrado es, pero no teniendo defectos en el corazón, ¿qué importan los del cuerpo? Estos se corrigen quizá, y para aquéllos no hay curación posible... Pocas ideas se albergan en su cabezota y no resulta muy lucida su conversación, sino, por el contrario, zonzaza é insípida; pero, ¿acaso hace falta el talento de Séneca para ser un buen marido?... ¡Todo estaría muy bien si yo mandase en mi

corazón! Lo malo es que no mando en él; y... nada, que por más esfuerzos que intento hacer, no me acostumbro á la idea de que Celso sea mi marido, se halle perpetuamente á mi lado, forme parte de mi vida y yo piense lo que él, y sea lo que él haya de ser.... ¿qué culpa tengo yo?...

¡Vamos, Sitilla—seguía discurrendo la joven—no seas hipócrita y confiésate la verdad! Tu posición humilde no se aviene tan mal con la de Celso, que te quiere y con el cual te deberías casar; pero eres una orgullosa, que porque los hombres te han dicho cuatro chicoleos, ya te has creído ser la princesa Micomicona y picas muy alto...

¿Será esto?... No, yo no soy orgullosa más que de mi dignidad, y aun creo que me hace inmenso honor aquel que se digna mirarme. Es algo peor; es que estoy enamorada de Rijosa, es que me ha cogido el alma, y todo lo que no sea él, me es indiferente ó enojoso... Y yo quisiera borrarle de mi corazón, apartarle de mi memoria, alejarle de mi pensamiento... mas, ¡cómo conseguirlo! ¡Aún sueñan en mi oído sus palabras tiernas y dulces! ¡Qué acento tan apasionado el suyo para declararme su amor! ¡Cuánta delicadeza para solicitar mi cariño! Eran sus frases como una música suavísima, de esas que causan goce infinito, de esas que llegan al alma y hacen

que ésta se estremezca de dicha. ¡Qué fuerza de voluntad tuve que poner para no decirle: "así, así comprendo yo el amor, así es como yo amo y quiero ser amada!..." ¡Nunca he sentido de tal modo vibrar todas las fibras de mi ser! ¡Jamás imaginé placer tan grande! ¡Esto para mí es algo nuevo que ni soñé siquiera, y que me asusta y me alegra al mismo tiempo!...

¿Quedará todo ello en una grata ilusión? ¿Me querrá ese hombre de veras? ¿Seré una loca al pensar en la posibilidad de unirme á él y ser su esposa?... Sí, es una locura que debo desechar con todas mis fuerzas. ¿Cómo va á ser Rosita Santiuste, la bordadora asalariada, la que se ha ganado la vida trabajando día y noche, la modesta obrera que carece de ilustración y de trato social, esposa de un hombre como Rijosa, tan distinguido y tan el primero entre los primeros? ¿Cómo se va á casar la insignificante Sitilla, pobre y obscura, con D. Luis Gómez de la Rijosa, colocado en posición tan alta y llamado á ser un personaje por su innegable valer? ¿No se avergonzaría el día de mañana de llevar junto á sí, como carga eterna, á la pobre lugareña, que no sabría alternar con esas gentes en cuya sociedad él ha vivido y ha de vivir siempre?... Nó, no quiero que jamás me pueda echar en cara su desgracia...

¿Y por qué me solicita? ¿Por qué pretende mi cariño con tan porfiada obstinación?... ¡Dios mío, qué hacer, qué decidir!... ¡Sería la vida tan venturosa pasada junto á él! ¡Me haría tan feliz llamarme suya!... ¿Y qué razón hay para que no lo sea? ¿Acaso no hay ejemplos de bodas desiguales? Sin ir más lejos, ¿no hemos visto aquí, en Umbrosa, la boda de Perico Trajunillas, hijo de un tendero rico, con la baronesa de Arcimelloso, noble por los cuatro costados? Algo murmuraron los maldicientes, no pocas bur-las se inventaron á costa de los novios, es verdad; pero, ¿fueron por eso menos felices? ¿se han dejado un momento de querer con cariño entrañable?... ¡Que soy pobre! ¡Tampoco Rijosa es rico! ¡Que no me he codeado con la alta sociedad de Madrid! ¡Ya me enseñará él! ¡Que no le puedo ofrecer una familia cuyo origen se remonte á los tiempos del rey Wamba! ¡En cambio le daré un corazón que sólo para él ha de latir, y un pensamiento que en nadie más que en él se ha de ocupar! ¡Que no visto con tanta elegancia como Conchita Cipérez, ó como la difunta Marquesita de Pedriscos, ni sé montar á caballo, ni hablar otro idioma que este tan hermoso del pueblo en que he nacido!... ¡Bah! ¡Eso se aprende, y lo que no se puede aprender, porque solo Dios lo dá, es á ser

amante, buena y fiel, y no seca de alma y pobre de corazón, como esas mujeres que no rinden culto más que á su persona y á su vanidad!... ¡Lo que es en eso, soy tan rica como la que más!...

Todo está muy bien, Sitilla, pero mira con cuidado si esas reflexiones que te haces, no son sino pretextos que busca tu imaginación para disculpar tu ligereza y arrogarte, á cierra ojos, en una aventura que luego te ha de pesar. Supón que tu boda con Rijosa sea la cosa más natural del mundo, y que la distancia entre tu humilde persona y su persona encopetada, se pueda fácilmente franquear por medio del talento y de la buena voluntad que tú pongas, que estos milagros y otros mayores ha hecho el instinto de la mujer: ¿estás segura de que el amor de Rijosa sea uno de esos amores verdaderos y firmes, claros, de buena ley, que van derechos al matrimonio sin tropezar en dudas ni caer en desalientos? ¿Es cauto, ni discreto, entregar tu corazón, de buenas á primeras, á un hombre que apenas conoces y de quien no sabes otra cosa que su fama de galante y conquistador? ¿Qué garantías puede brindarte de su constancia? ¿qué pruebas de su firmeza? ¿No se te alcanza, inocente Sitilla, que si ahora le otorgas tu cariño y eres su novia, y te enamoras á per-

der el seso y luego él se marcha, quizá el día menos pensado, y te olvida en cuanto se halle fuera del encanto de tus ojos, vas á ser el hazmereir del pueblo, y que será cosa de alquilar balcones para ver cómo las gentes se burlan de tu cándida credulidad?

Es cierto—pensaba la muchacha, al llegar á este punto de su soliloquio.—Si Rijosa me olvidara, la pena me mataría... Pero no, eso no será. ¿A qué ponerme en lo peor? El es un caballero, no hay más que mirarle; su boca no miente; no hay más que oírle para persuadirse de que sus palabras son palabras de verdad... Y por encima de todo yo le quiero y soy tan suya como es mía esta cruz.

Y al darse Sitilla, que ya estaba acostada, la suprema razón de su amor y pronunciar en su pensamiento estas últimas palabras, tomó entre sus dedos una crucecita de oro, que Paco Fuertes la había regalado el día de Santa Rosa y que llevaba siempre colgada al cuello, y la besó repetidas veces, como si sobre aquel signo de redención hiciese callado y misterioso juramento de ser fiel al casto amor, que con tan soberano impulso había tomado posesión de su pecho virginal.

A la mañana siguiente, muy temprano, y antes de la hora en que Sitilla tenía por cos-

tumbre abandonar el lecho, entró doña Belén en la habitación de la muchacha, abriendo de par en par las ventanas é interrumpiendo bruscamente el sueño plácido de la niña, cuyos labios parecían sonreír á alguna dulce imagen que dentro de su pensamiento tuviese.

—¡Ay, mamá!—dijo Sitilla sobresaltada.—
¡Me has asustado!

—¡No eres poco impresionable, chiquilla!
—repuso doña Belén sentándose á la cabecera del lecho de la joven.

—¿Qué quieres, mamá? ¿Pasa algo?—preguntó Sitilla.

—Pasa—contestó doña Belén—que quiero hablarte antes de que tus hermanas se levanten y vengan á interrumpirnos.

—Pues dime lo que quieras.

—Anoche—continuó doña Belén—cuando te fuiste á la cama y nos quedamos solas Angustias, su madre, tus hermanas, Celso y yo, te pusieron verde, hija.

—¡A mí!

—A ti y al Gobernador.

—Lo comprendo—dijo Sitilla.—Han visto que Rijosa se dirige á mí y no á ellas, y tienen envidia.

—A ti—prosiguió doña Belén, como si no hubiese oído las palabras de la joven—porque estuviste lo menos un par de horas en

el balcón charla que charla con D. Luis, y á éste... ¡Ay, hija, qué cosas sabe una! ¡Sí, sí, fíate de los que parecen más suaves y juiciositos! ¡Del agua mansa...!

—Pero ¿qué dijeron del Gobernador?—exclamó Sitilla interrumpiendo el refrán de su madre.

—Pues ¡que sé yo! ¡Mil horrores! Que tenía en Madrid una querida; que ha engañado á varias muchachas, dejándolas á la luna de Valencia; que no hace mucho tiempo se batió con el marido de la mujer que él cortejaba; que no tiene corazón y sólo pretende divertirse... la mar, hija, la mar.

—Todo eso es pura calumnia, mamá.

—¡Y Celso! ¿Qué le has hecho á Celso? ¡No sabes qué cara tenía cuando entró en el gabinete! ¡Estaba fuera de sí!

—¡Pobre muchacho! Se ha empeñado en que le quieran á la fuerza; y como esto no es posible, le desengañé.

—¡Bueno está el pobre muchacho, como tú le llamas! Ese, dijo que Rijosa es un perdido lleno de trampas; que no paga á nadie y que debe hasta el aire que respira.

—¡Qué iniquidad!

—No sabes tú de lo que es capaz Celso; porque, eso sí, como bruto, es muy bruto. ¡Como que temo que busque al Gobernador alguna cuestión personal!

—No hará semejante cosa si quiere conservar mi afecto.

—Sí, ándate con esas. Y lo peor del caso es que entre la rabia de Celso y las lenguas de la del címbalo y su madre, hoy sabrá todo el mundo que anoche te pasaste las horas muertas de palique con D. Luis, sabe Dios dónde, porque ya verás cómo inventan alguna mentira ; Y gracias que no digan que te metiste con él en tu cuarto!

—¡Jesús, mamá, qué cosas tienes!

—Pues, hija, no parece sino que ignoras lo que es este pueblo.

—Pero eso sería una infamia, porque yo no he hecho nada que merezca censura—dijo entonces Sitilla con indignación.

—¡Buena me puse yo con todos ellos! ¡Bonito genio tengo! En primer lugar les dije que eran unos chismosos, y que si el Gobernador te quería y se casaba contigo, haría muy retebién, pues no eres tú menos que cualquiera otra muchacha de Umbrosa, por muy alta que estuviese; y á Celso le canté las cuatro verdades del barquero. ¡Pues no faltaba más sino que ese limpiapucheros se metiese en que si mis hijas hacen ó dejan de hacer! ¡Vaya! Me puse hecha una pantera, y á no ser por la intervención de Paco Fuertes, que llegó en aquel instante, quizá hubiera puesto en la calle á la tocadora del

címbalo, á su mamá estantigua y al animal de Celso.

—¿Y qué dijo D. Paco?

—¿Querrás creer que se empeñó en demostrarme que el Gobernador no debía menudear sus visitas á nuestra casa?

—¿Eso dijo Paco Fuertes?—preguntó Sitilla poniéndose muy pensativa.

—Sí. Pretende que tanto acompañarnos á paseo y tanto visitarnos puede comprometerme. Por supuesto, esa es una sandez propia de *La ley marcial*, porque si la gente murmura, no es sino por causa de la envidia que nos tiene al ver que D. Luis prefiere nuestro trato y nuestra conversación á la de las cursis de Umbrosa; y en lo tocante á que te haga el amor, si es con buen fin, ¿qué mal hay en ello?

—¡Cree D. Paco que las asiduidades del Gobernador me pueden comprometer!—murmuró Sitilla, como si no hubiese oído las observaciones de su madre.

—¡No hagas caso de chocheces! ¡Figúrate si será imbécil ese camastrón, que se echó á reir y se burló de mí cuando le dije que harías perfectamente en tener relaciones con D. Luis y que te casarías con él, como se te metiese en la cabeza!...

—¿Tomó á burla que yo tenga amores con el Gobernador?—interrumpió la muchacha con aire triste.